Tras la telaraña

Paula Requejo Marchán

**Danza de araña**

**Madrid. Primavera de 1961**

Sus manos, hábiles y expertas, la recorren entera incendiándole el cuerpo y dejando regueros de lujuria incontrolada allá por donde pasan. Se siente un poco aturdida. Tal vez por el jadeo acelerado que le provocan sus besos y mordiscos mientras la acaricia sin tregua. Hace ya rato que perdió la voluntad sobre su cuerpo. Cayó al suelo, a los pies de la cama, junto al vestido que el muchacho le había desabrochado tan fácilmente. No así la voluntad sobre su mente, que todavía vaga libre y se pregunta entre suspiros cómo logró convencerla para terminar, desnuda, en la habitación de una pensión, y qué palabras la enredaron a un hombre al que había conocido al salir de misa, apenas unas horas antes ¿Quizás su sonrisa insolente la cautivó, o se quedó pegada como una mosca a la miel de su mirada? Sin embargo, todo eso ya carece de importancia. Ahora que por su boca se desborda un torrente de gemidos. Ahora que ese muchacho de ojos de ámbar la hace gozar hasta el delirio, lamiendo entre sus piernas con la misma voracidad que un lobo hambriento devorando a su presa. Extasiada de un placer que nunca antes había sentido, llega a pensar: ‹‹Un lobo malvado, eso es lo que es››.

El deseo abrasa su interior, la envuelve en un remolino ardiente que le sube desde el ombligo, se le enreda en el pecho y le nubla la razón. Era cuestión de tiempo que se entregara por completo, sin preguntas, dudas ni remordimientos.

Enganchada al cuerpo fornido de su experto amante, solo desea que siga creando para ella más y más placer. Toda la culpa la tiene ese muchacho de ojos de ámbar. Fue él y solo él quien provocó que esto sucediera. Nada más verla salir por la puerta de la iglesia, tan bella y esbelta, tan recatada. Rodeada de ese halo de inocencia, tentador e irresistible para un hombre como él, de moralidad canalla.

El vermut al que la invitó en el café de la plaza fue el cómplice perfecto de la fechoría que se había retado a consumar.

El hombre le susurra al oído lo bella que es y la hace sentir poderosa, la provoca para que dé rienda suelta a su instinto de hembra desinhibida.

Ella, en un movimiento rápido, lo empuja boca arriba y se sienta sobre él. Penetrada, comienza un baile de vaivén, arriba y abajo, al compás del soniquete de los chirridos que lanza el quejumbroso catre sobre el que yacen.

El muchacho sonríe con malicia mientras la mira cabalgar desenfrenada. La sujeta por las nalgas, redondas y duras, y la aprieta contra él, acompasándola a su gusto. Mientras, ella, con los ojos cerrados mueve la cabeza de un lado a otro y se va, deshaciendo una larga trenza.

Su revuelta melena negra termina cubriéndole los pechos, firmes y suaves.

Ella cree morirse cuando el fuego frío que nace de entre sus piernas la recorre hacia arriba y le llega hasta la boca transformado en un jadeo meloso y pronunciado.

Él, viendo cumplida su alevosía y seguro de llevarse toda la inocencia de su alma, se recrea un poco más en su malicia y, excitado oyéndola gozar, estalla de placer y se deja derramar dentro de ella.

**Agonía de araña**

**Camposeco. Mañana del jueves 29 agosto de 1963**

Era muy de mañana cuando llegó don Faustino, el médico de Camposeco, a la casa de los Santos. Tras examinar a Manuel, seguía sin encontrar la causa que explicara por qué había empeorado tanto en tan poco tiempo. El tratamiento que prescribió no había dado resultado y ahora el muchacho, desgraciadamente, se encontraba al borde de la muerte.

Aurora, su mujer, y Josefa, su hermana melliza, lloran a los pies de la cama, junto al inexpresivo Adolfo, cuñado del Señorito. Poco más allá, en un rincón donde pasa inadvertida, también llora Tadea, la criada.

Sin embargo, ellos no son los únicos que escuchan las palabras poco esperanzadoras de don Faustino. Ninguno sospecha que en la alcoba hay alguien más.

Teresita, desobedeciendo a su madre, se ha escondido bajo la cama del agonizante Manuel. Pudo colarse sigilosamente antes de que llegara el doctor y de que los demás entraran en la habitación. No comprende por qué todos los mayores, de la noche a la mañana, le han prohibido ver a su tío Manuel. «¿Solo porque se está muriendo?», piensa con fastidio, sin atreverse a preguntar abiertamente a nadie de la casa.

Y es que Teresita tiene siete años. Es una niña de aspecto menudo, ojos grandes color miel y un carácter inquieto, impulsivo y rebelde, a la que suele moverla la curiosidad y los desafíos, sobre todo si estos provienen de su madre

En el pueblo, hasta los rapaces saben que tal vez el Señorito no salga de esta. Entre juego y juego, en confidencia, los amigos de Teresa le van contando lo que han oído decir a los mayores sobre lo que pasa cuando alguien se muere.

Esteban, el Pulgas, le contó que el fantasma del muerto sale por la boca para irse hacia el cielo flotando.

—Eso si eres bueno, que si has sido malo son los demonios los que vienen a llevarse tu fantasma. Salen de la tierra, te agarran fuerte y, por mucho que pelees, entre todos te arrastran hasta el infierno —le había explicado con total seguridad, dejando a la niña muy impresionada. Según Teresa, su tío flotaría hasta el cielo porque siempre había sido bueno y cariñoso con ella. Pero el Pulgas lo dudaba, le había oído decir a su madre que el Señorito de Camposeco no era trigo limpio.

—¡Los demonios vendrán a por él! ¡Los demonios vendrán a por él! —se habían burlado de ella.

Ante tal afrenta, se sintió en la obligación de comprobar por sí misma que el fantasma de su tío saldría flotando hacia el cielo como ella decía. Por eso ahora está escondida bajo la cama, sin hacer ruido, escuchando el gimoteo constante de su tía Aurora y las palabras de consuelo con que la va confortando su madre, observando el ir y venir de la criada que, llorosa, sale de la alcoba, en busca de las gasas que don Faustino ha pedido.

‹‹¿Qué más puedo hacer?››, se pregunta el doctor con gran pesar al ver como tiembla el muchacho, envuelto en un sudor frío que anuncia el final, debatiéndose entre el sueño de la muerte y la consciencia de la vida.

Nada puede hacer ya, solo aliviar su dolor mientras la vida se le escapa por entre la fea herida que se hizo en el costado.

Veinticinco años, no tiene más. Todos ellos repletos de caprichos, placeres continuos y desparrames sin miramiento, propios del Señorito de Camposeco, consecuencia de la baja moralidad que aprendió del cacique del pueblo, su abuelo Bernabé Santos.

Su último juego de infidelidad, consumado quince días antes con la hija del panadero, solo ha traído desgracia y desolación a la familia. Haberse casado hacía poco más de dos años no le parecía suficiente motivo para abandonar sus aventuras lujuriosas. Además, la hija del panadero hacía tiempo que lo cortejaba con requiebros susurrados, miradas de pasión y sonrisas descaradas. Él, de naturaleza canalla, no tuvo otro remedio que complacer los deseos amorosos que aquella muchacha de ojos negros, como noche sin luna, solicitaba con insistencia.

Al final de la calle Reata, todos en el pueblo conocían el pajar del tío Cosme. Un caseto derruido casi por completo desde hacía más de veinte años, donde los mozos y mozas, de vez en cuando, daban rienda suelta a sus lujurias.

Apoyaba Manuel su espalda desnuda sobre la pared de adobe y piedra y, de pie, hacía disfrutar a la morena con pasión pecaminosa, cuando notó que algo rasgaba su costado. Sintió un dolor agudo, a lo que instintivamente respondió apartándose hacia otro lado sin fijarse más en el asunto, ya que estaba inmerso en otros menesteres mucho más placenteros.

Cuando llegó a casa y se quitó la camisa ensangrentada, pudo ver su costado derecho rasgado de arriba abajo. Pensó que un clavo o una piedra afilada de aquella vieja pared, le habría hecho el corte. Lavó la herida como pudo, sin darle mayor importancia.

Sin embargo, pasado un día, comenzó a sentirse mal. Tenía algo de fiebre y se notaba fatigado.

Pese a ello, lo dejó pasar pues creyó que sería una gripe de verano.

Dos días más tarde no mejoraba, incluso vomitaba y se sentía todo el tiempo mareado. Su mujer preocupada lo ayudó a meterse en la cama y de inmediato dijo a la criada que fuera en busca del médico del pueblo.

Don Faustino, después de descartar la gripe, examinó la herida sangrante de su costado. Aquello tenía muy mal aspecto. Le hizo una cura de urgencia y le aplicó una pomada que entregó a Aurora para que, sin falta, se la pusiera, todos los días.

—Es muy importante que vigilemos la herida. No me gusta nada el aspecto que tiene. Hay que mantenerla seca y limpia. Pero sobre todo no se olvide de ponerle la pomada.

Aurora asiente mientras memoriza las órdenes del doctor con cara de preocupación.

—Así lo haré, doctor, yo misma le haré las curas y le pondré el ungüento cada día.

Pero Manuel no dejaba de tener fiebre y la herida seguía extendiéndose deprisa por toda su espalda.

Una semana después el médico confirmó el peor de los pronósticos. La bacteria que había entrado por el corte estaba infectando la sangre del muchacho. Don Faustino no entendía lo que le estaba pasando. En vez de mejorar, cada día se encontraba peor. Perplejo preguntó a Aurora si había seguido todos los pasos que le había indicado. La pobre mujer, desecha en lágrimas, aseguró que ni un solo día había dejado de limpiar la herida y de poner la pomada. El doctor, a la desesperada y como último recurso, inyectó fuertes antibióticos a Manuel durante varios días, pero ya era demasiado tarde.

Esa mañana de agosto los llantos de Aurora eran cada vez más intensos. A su esposo se le escapaba la vida demasiado pronto. Aquel constante gimoteo había puesto intranquilo a Manuel, por lo que don Faustino pidió que todos salieran del cuarto.

—Necesita calma y reposo señora. Salgan por favor y que Tadea se encargue esta vez de cambiarle las gasas del costado. Debo ir a por una inyección de morfina a mi consulta, volveré rápido.

Manuel es consciente de su fatídica situación así que cuando llega la criada con las gasas limpias y el ungüento, dispuesta a curar su costado. La detiene, sujetando con fuerza su mano.

—¡Tadea, me muero! —exclama agónico, mirándola fijamente con lo poco que queda de sus ojos de lobo, ahora hundidos, sin apenas brillo.

La mujer se suelta de él, asustada por la impresión.

—¡Escúchame mujer! —le pide mientras tirita de fiebre y dolor—. Tadea, reconozco que he sido una persona ruin y mezquina contigo, pero ahora me muero y necesito compensarte. Por favor, cierra la puerta con llave —le suplica con mirada lánguida y sincera.

Tadea atónica obedece sin decir nada, luego lo mira esperando que hable. Manuel señala con su mano temblorosa hacia el otro lado de la habitación.

—Abre el armario, entre las dos puertas y bajo la balda inferior hay un hueco. Busca dentro y encontraras algo.

Teresita sigue la escena oculta bajo la cama, sin atreverse a hacer ruido alguno. Si su madre se entera, no se libra de una buena zurra y su correspondiente castigo. Tumbada, puede ver los pies de la criada acercándose al armario y escuchar el chirriar de las bisagras cuando abre la puerta.

La criada tantea en el hueco hasta que su mano topa con un objeto. Lo saca y comprueba que se trata de una pequeña cajita de lata.

—¡Tráela hasta aquí! Necesito verlos por última vez —pide Manuel con mucha fatiga.

Y de nuevo Teresita ve los pies de Tadea aproximarse hasta la cabecera de la cama donde permanece parada. La niña no alcanza a ver que hay en la caja que Tadea ha encontrado, solo escucha a su tío hablar.

—Míralos Tadea ¿no te parecen preciosos? A partir de este momento son tuyos, te los regalo. Pero te suplico que me digas dónde está, con quién lo has dejado —implora Manuel muy agitado. Pero la criada parece estar en shock porque no ha vuelto a decir palabra. La niña no puede ver su cara. Solo como sus piernas han comenzado a temblar. De pronto la cama se sacude por encima de ella y la criada comienza a gritar asustada:

—¡Manuel, Manuel! ¡¿Qué te pasa?!

Es entonces cuando sucede. Una bolsita de tela ha caído al suelo, desparramando de su interior los cristales más brillantes que Teresa ha visto jamás. De inmediato le viene a la cabeza un cuento del libro de fabulas que Tadea le está leyendo, donde explican que existen cristales así. «¡Son las lágrimas de la reina de las hadas!», piensa tan sorprendida como asustada.

Rápidamente Tadea se agacha a recogerlos. La niña se aleja al otro lado de la cama con presteza. Mientras el catre sigue moviéndose entre sacudidas y temblores. Seguro que es el fantasma de su tío saliendo del cuerpo y los demonios tirando de él para que baje a los infiernos, justo, por donde está ella.

«¡Tío Manuel ha debido de ser malo, malísimo!››, aterrada, sentencia para sí, conteniendo las ganas de salir de su escondite.

Pero teme más la paliza que le dará su madre, si se entera de que le ha desobedecido, que ver como se abre la tierra y salen demonios de ella.

Con su mano tapa la boca para no chillar y con los ojos muy abiertos, sigue los pies de Tadea que se dirige hacia el armario. Allí deja la cajita, en el mismo lugar donde la encontró. Después oye girar la llave de la puerta del cuarto por donde la criada sale deprisa en busca del doctor.

En cuanto Tadea se aleja, Teresa sale de debajo de la cama. Se pone en pie y mira de reojo a su tío Manuel. «¿Seguirá su fantasma peleando contra los demonios?», se pregunta. Luego huye despavorida al verlo totalmente rígido, con los ojos en blanco y sacando espuma por la boca. Corre y corre hasta toparse contra su madre, a la que se abraza sin pensarlo, aterrada, llorando.

—¡El tío Manuel es malo, su fantasma se ha ido al infierno por debajo de la cama!

La madre entra en cólera. Despegándola de sus faldas, responde con un par de bofetadas y zarandeándola por los hombros le asegura que más tarde probará la vara fina de avellano.

—¡Te dije que no entraras a ver a tu tío! —le recuerda mientras la pobre Teresita grita de dolor pues la lleva cogida de una oreja subiendo, escalera arriba, hasta su cuarto.

—¡Llora, llora, niña mala! ¡Al infierno iras tú, por desobediente!

Luego Josefa la empuja de malas maneras dentro de la habitación.

—¡Y no se te ocurra salir de aquí hasta que yo vuelva! ¡Voy a enseñarte de una vez por todas a obedecer, niña estúpida!

Doña Josefa cierra de un golpe la puerta y baja las escaleras murmurando entre dientes

—No tengo otra cosa que hacer, un día tan nefasto como este, que ocuparme de las trastadas de esta niña idiota.

Teresa se acurruca en una esquina de la habitación llorando aterrada, rascando su oreja enrojecida. Sabe muy bien lo que le hará su madre. Cuando menos lo espere volverá a cumplir su amenaza, trayendo consigo la vara de avellano para azotarla. La pobre no deja de llorar muerta de miedo. En su mente ha quedado grabada la imagen de su tío. Sus ojos en blanco, hundidos en las cuencas, la espuma saliendo por su boca como un perro rabioso y su cuerpo tan rígido como una estaca.

Cuando el doctor comprobó que la situación de Manuel se había normalizado, le inyectó la morfina. Por un tiempo estaría relajado y sin dolor. El muchacho estaba tan agotado que enseguida se quedó dormido. La crisis que había sufrido no auguraba nada bueno. Don Faustino reunió a la familia en la cocina para darles el último parte médico.

—Siento mucho no poder daros esperanza —habló con sinceridad y visiblemente afectado.

Aurora, Adolfo y Josefa lo miraban expectantes y consternados

—Pese a que Manuel ha superado el ataque y ahora descansa, la situación es irreversible. Será mejor que deis aviso a don Evelio cuanto antes.